

# San Pablo, testigo y apóstol de Cristo

---

Agustín Giménez González

FACULTAD DE TEOLOGÍA SAN DÁMASO

MADRID

**RESUMEN** La primera parte del artículo presenta los textos del encuentro de Pablo con Cristo que le constituyen en testigo privilegiado de Jesús resucitado: los tres relatos del libro de los Hechos y la breve mención de Pablo en Gal 1,15-16. La segunda parte ofrece tres rasgos del apostolado de Pablo: su conciencia de apóstol, la misión de predicar y el *kerygma* de Pablo.

**PALABRAS CLAVE** Pablo, testimonio, apóstol.

**SUMMARY** *The first part of this paper presents the texts of Paul's encounters with Christ in which he is constituted as a privileged witness of the Risen Messiah. The three accounts are from the Acts of the Apostles and Paul's brief mention of the encounter in Gal 1, 15-16. The second part offers three features of Paul's apostolate: his consciousness of being an apostle, his preaching mission and his kerygma.*

**KEY WORDS** *Paul, testimony/witness, apostle.*

Lo propio de los testigos es “haber presenciado” aquello de lo que dan testimonio. Así, se puede ser “testigo” de un accidente o de un asesinato sólo cuando se ha estado presente en el momento de realizarse el suceso. En tal caso, uno puede “testimoniar” o “dar fe” del hecho en sí.

En el caso de San Pablo, que según parece no escuchó las enseñanzas de Jesús, ni vio sus milagros, ni presenció su pasión<sup>1</sup>, ¿cómo podemos llamarle

---

1 Sobre la infancia y juventud de San Pablo, cf. J. M. GARCÍA PÉREZ, *Los orígenes históricos del cristianismo* (Ensayos 296; Madrid 2007) 280-284; S. MUÑOZ IGLESIAS, *Por las rutas de San Pablo* (Madrid 31991) 15-19; J. SÁNCHEZ BOSCH, *Escritos Paulinos* (IEB 7; Estella 42007) 18-22.

“testigo” de Cristo? Aunque San Pablo, efectivamente, no fue testigo del ministerio y de la vida pública del *rabbi* de Galilea, sí se encontró con Él resucitado (cf. 1Cor 15,8), quedando así capacitado para testimoniarle ante el mundo. Este encuentro de Pablo con Jesús lo desarrollaremos en la primera parte del artículo, mientras que en la segunda abordaremos su consecuencia: la necesidad de comunicarlo a los demás, el apostolado.

## I. TESTIGO DE CRISTO RESUCITADO

Al final de su primera carta a los corintios, Pablo reflexiona sobre el acontecimiento que sustenta la fe cristiana, a saber, la resurrección de Cristo (cf. 1 Cor 15,2.14.17.19). Este hecho ha sucedido dentro de la historia humana y, por tanto, Jesús puede aparecer *vivo para siempre* ante los que participan del presente. De hecho, señala Pablo, así fue:

Se apareció a Cefas y luego a los Doce; después se apareció a más de quinientos hermanos a la vez, de los cuales todavía la mayor parte viven y otros murieron. Luego se apareció a Santiago; más tarde, a todos los apóstoles. Y en último término se me apareció también a mí, como a un aborto (1 Cor 15,5-8).

Lucas narra por tres veces en los Hechos este episodio que cambió la vida de Pablo para siempre: su encuentro con Cristo resucitado. Aunque sustancialmente en las tres ocasiones tenemos el mismo relato, éstos se complementan e iluminan recíprocamente. Por eso, el acercamiento más completo al encuentro de Pablo con Cristo pasa por sumergirnos en las tres narraciones de Lucas, tomando a cada una en su contexto<sup>2</sup>.

---

<sup>2</sup> Sobre la conversión de Pablo, cf. J. A. FITZMYER, *Teología de San Pablo. Síntesis y perspectivas* (Madrid 1975) 27-29; MUÑOZ IGLESIAS, 21-26; SÁNCHEZ BOSCH, *Escritos*, 23-25; *Id.*, *Nacido*, 35-44.

## 1. DE PERSEGUIDOR A "CRISTIANO COMPROMETIDO" (HCH 9,1-25)

Al hilo de los primeros acontecimientos en la Iglesia, Lucas narra la transformación de Saulo de Tarso<sup>3</sup> en Hch 9. Nuestro personaje se caracterizaba por un celo exacerbado por las tradiciones de sus antepasados, que le empujaba a perseguir a los cristianos<sup>4</sup>. Éstos aparecían ante sus ojos como una terrible amenaza para el judaísmo. Ensalzaban a un hombre condenado por blasfemo, presentándole como el Mesías de Israel anunciado por los profetas. Es más, proclamaban que su pretensión de ser el hijo único de Dios era verdadera, confirmada por YHWH al haberlo resucitado gloriosamente de entre los muertos. Saulo, convencido de que la secta de los nazarenos era un peligro grave para el judaísmo "ortodoxo" obtuvo permiso del Sanedrín para encarcelar a sus miembros<sup>5</sup>. Con esta misión se encaminaba hacia Damasco cuando Cristo resucitado le salió al encuentro: "de repente le rodeó una luz venida del cielo, cayó en tierra y oyó una voz que le decía: 'Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?' El respondió: '¿Quién eres, Señor?' Y él: 'Yo soy Jesús, a quien tú persigues. Pero levántate, entra en la ciudad y se te dirá lo que debes hacer'" (Hch 9,4-6)<sup>6</sup>.

3 Los Hch llaman "Saulo" a San Pablo desde el inicio del libro hasta la partida de Chipre en su primer viaje misionero, donde consigue la conversión del procónsul *Sergios Paulos* al dejar ciego al mago Elimas. (cf. Hch 13,6-12). Desde ese momento Lucas le llama, sin dar ninguna explicación, "Paulos" (=Pablo). Seguramente el cambio de nombre indica "un cambio de ambiente" (J. SÁNCHEZ BOSCH, *Nacido a tiempo. Una vida de Pablo, el apóstol* [Estella 2003] 21; cf. FITZMYER, 16-17; MUÑOZ IGLESIAS, 16, para otras hipótesis).

4 Él mismo afirma que persiguió "encarnizadamente" a la Iglesia "para destruirla" (Ga 1,13; cf. 1 Cor 15,9; Flp 3,6; Hch 22,4-5).

5 No debemos olvidar el rechazo absoluto del judaísmo a cualquier intento de divinizar a un hombre. Recuérdese su reacción ante las pretensiones de Antíoco IV Epífanes o del emperador Calígula. Precisamente este dato confirma que sólo es posible la proclamación cristiana de que Jesús es de naturaleza divina si ha acontecido algo inaudito en la historia que les haya convencido de ello. A saber, su pretensión divina y su resurrección, que confirma tal pretensión. Cf. GARCÍA PÉREZ, 239-240.

6 Debió suceder alrededor del 36 d.C. (cf. SÁNCHEZ BOSCH, *Nacido*, 35). No sabemos si además de escuchar la voz de Jesús Pablo vio su figura gloriosa. El texto simplemente indica que le rodeó una gran luz, y es probable que la voz escuchada bastase para suscitar la pregunta "¿quién eres, Señor?". No obstante, a continuación Lucas indica que los que estaban con él "oían la voz pero no veían a nadie". La conjunción adversativa "pero" indica una contraposición entre Pablo y sus compañeros, dando a entender que él veía algo que sus compañeros no percibían. De lo contrario habría sido más lógico decir "oían la voz y tampoco veían a nadie". De hecho, cuando llegó ante los apóstoles en Jerusalén, "les contó cómo había visto al Señor en el camino" (Hch 9,27). Esta hipótesis parece confirmarla el mismo Pablo en su discurso de Hch 26,19, donde habla de visión (ὄπτασίς), y en 1 Cor 9,1: "¿Acaso no he visto yo a Jesús, Señor nuestro?". Lo mismo da a entender

La pregunta de Saulo manifiesta su asombro ante alguien que a la vez es grandioso (Kyrie) y desconocido (¿quién eres?)<sup>7</sup>. La respuesta no deja lugar a dudas. Se encuentra ante Jesús resucitado, que se identifica con la Iglesia perseguida por Saulo. Los tres días siguientes, sin comer ni beber, sirvieron para asimilar esta experiencia y sus consecuencias. Hasta entonces había luchado contra el Señor de la luz y de la vida, contra el vencedor de la muerte, contra el Hijo de Dios y, en el fondo, contra Dios mismo. A partir de ahora empieza para Saulo una vida nueva, una vida guiada por el Espíritu Santo que recibirá a través del bautismo (Hch 9,17-18).

Su encuentro con el resucitado es inseparable de su encuentro con la Iglesia. No sólo porque Jesús se identifica con ella (¿por qué me persigues?), sino porque descubrir que Él es el Mesías de Dios lleva necesariamente a la comunidad por Él fundada. En efecto, si Jesús es el hijo de Dios que quita el pecado del mundo y otorga el Espíritu Santo, lo natural es acercarse a la Iglesia –depositaria de estos dones– para recibir la redención y la vida nueva. No basta *saber* que Jesús es el Mesías<sup>8</sup>. Es necesario recibir su Espíritu Santo en la Iglesia, para así ser miembro de Cristo por el bautismo. El encuentro de Saulo con la Iglesia se dio por medio de Ananías, un cristiano de Damasco, probablemente ministro de la comunidad<sup>9</sup>, que por mandato divino le salió al paso. Tenía una doble misión del Señor, devolver la vista a Saulo –pues el encuentro con Cristo le había cegado (Hch 9,8)– y llenarle del Espíritu Santo; lo primero, por la imposición de las manos; lo segundo, por la recepción del bautismo.

---

en 1 Cor 15,8, pues usa el mismo verbo (ὄφθη) para las apariciones del resucitado a los demás y a sí mismo, no habiendo duda de que aquellos sí que vieron a Jesús. De ser cierta esta interpretación, Pablo no sólo habría oído la voz del resucitado, sino que también habría visto su carne gloriosa.

7 Recuerda a la pregunta de Moisés ante la zarza ardiente: “cuando me pregunten: ‘¿Cuál es su nombre?’, ¿qué les responderé?” (Ex 3,13). Tanto en el caso de Moisés como en el de Saulo, el encuentro con Dios va a ser el comienzo de una gran misión.

8 SÁNCHEZ BOSCH, *Nacido*, 35: “había que incorporarse a ella”.

9 J. B. POLHILL, *Acts* (NAC 26; Nashville, TN 1992), 236 considera que era un simple cristiano piadoso de la comunidad que recibió directamente de Jesús el encargo de bautizar a Pablo; ¿una ordenación diaconal en una teofanía?

El encuentro con Cristo y su Iglesia también le trajo a Saulo una misión. En la teofanía Jesús le indica que pronto sabrá qué debe hacer a partir de ahora (cf. Hch 9,6). La tarea de Saulo será revelada a Ananías al recibir el encargo de ir en su busca (cf. Hch 9,15-16): en primer lugar deberá proclamar el Nombre de Cristo ante un triple auditorio, gentiles, reyes e hijos de Israel<sup>10</sup>; en segundo lugar, *padecer*, sufrir por este mismo Nombre que anuncia. Son las dos caras de la vocación. Por una parte la *missio ad extra* de anunciar y evangelizar. Por otra, la configuración interior con Cristo, participando en esta vida de su cruz para tener parte también en su gloria escatológica. Ambas dimensiones de la vocación son inseparables. Anunciar a Cristo implica vivir como Él y sufrir como Él, pues, *no es más el discípulo que su maestro* (cf. Mt 10,18-25). Ciertamente lo que sabemos de la vida de Saulo por Hechos y por sus cartas confirma que se cumplió lo anunciado a Ananías<sup>11</sup>.

Tras su bautismo, Saulo –al que a partir de ahora llamaremos Pablo– no tardó en llevar a la práctica su misión en el mismo Damasco: “en seguida se puso a predicar a Jesús en las sinagogas: Éste es el Hijo de Dios” (Hch 9,20). La filiación divina de Jesús era ciertamente el núcleo del *kerygma* cristiano y lo que mejor definía la identidad de Jesús. El mensaje cristiano revelaba un dato inaudito sobre Dios: siendo uno sólo, desde toda la eternidad ha tenido un Hijo amado que en la plenitud de los tiempos se ha encarnado. Éste es, además, el Mesías que la Escritura anuncia, como demostraba Pablo a los judíos de Damasco (cf. Hch 9,22). Tampoco tardaron en cumplirse los padecimientos anunciados por Ananías. Pronto los judíos quisieron matarle, lo que le obligó a huir de Damasco descolgándose de noche por la muralla (cf. Hch 9,23-25).

---

10 Nótese que aunque comúnmente denominamos a Saulo el apóstol de los gentiles, su misión se dirigió igualmente –y casi siempre en primer lugar– a los judíos, como veremos más adelante. También dio testimonio de Cristo ante altos cargos romanos y reyes como Agripa II (cf. *infra*).

11 Cf. 1 Cor 4,9-13: “condenados a condenados a muerte... espectáculo para el mundo... necios por seguir a Cristo... despreciados... pasamos hambre, sed, desnudez. Somos abofeteados, y andamos errantes. Nos fatigamos trabajando con nuestras manos. Si nos insultan, bendecimos. Si nos persiguen, lo soportamos. Si nos difaman, respondemos con bondad. Hemos venido a ser, hasta ahora, como la basura del mundo y el desecho de todos”.

El encuentro con Cristo crucificado supuso, por tanto, un cambio notable en la vida de Pablo, y un argumento de peso en su anuncio del evangelio. Podía anunciar a Cristo con convicción, como testigo de primera mano, porque lo había visto resucitado. Veamos ahora qué datos aportan a esta experiencia fundamental de Pablo los otros relatos del acontecimiento.

## 2. ANTE SUS PERSEGUIDORES (HCH 22,6-16)

A la vuelta del tercer viaje, estando Pablo en el Templo de Jerusalén, los judíos de Asia –seguramente aquellos que intentaron arruinar toda su obra evangelizadora en la península de Anatolia (cf. Hch 13,13–14,26)– amotinaron al pueblo contra él. Le acusaron falsamente de haber introducido griegos en el Templo más allá del atrio de los gentiles, así como de hablar contra la Torá y el Templo. El alboroto que se produjo no fue pequeño, involucrando a toda la ciudad, hasta el punto de que tuvo que intervenir el tribuno de la ciudad cuando estaban a punto de despedazar a Pablo (cf. Hch 21,27-33). Los soldados se lo llevaron a hombros al cuartel, por la violencia de la gente que gritaba: “¡mátale!”, pero cuando estaban a punto de encarcelarlo, obtuvo el permiso de hablar a los judíos (cf. 21,34-40). Es entonces cuando explica a sus hermanos israelitas cómo pasó de ser perseguidor a evangelizador.

Al inicio de su discurso, Pablo subraya que es tan judío como todos ellos: judío de nacimiento, educado a los pies de Gamaliel y estricto observante de la Ley. Incluso persiguió a muerte el cristianismo, como bien conocen el sumo sacerdote y el consejo de los ancianos. Es decir, conoce perfectamente la indignación que experimentan sus oyentes porque él mismo ha pasado por ello. Es entonces cuando menciona su viaje a Damasco y lo que allí ocurrió, lo que único que da razón suficiente de su cambio radical (Hch 22,6-10):

me envolvió de repente una gran luz venida del cielo; caí al suelo y oí una voz que me decía: “Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues?” Yo respondí: “¿Quién eres, Señor?” Y él a mí: “Yo soy Jesús Nazoreo, a quien tú persigues”. Los que estaban vieron la luz, pero no oyeron la voz

del que me hablaba. Yo dije: “¿Qué he de hacer, Señor?” Y el Señor me respondió: “Levántate y vete a Damasco; allí se te dirá todo lo que está establecido que hagas”.

Sustancialmente tenemos el mismo relato que en Hch 9<sup>12</sup>. En ambos casos se indica que será en Damasco donde Pablo recibirá las instrucciones de su nueva misión. Éste continúa su relato presentando a Ananías como un *hombre piadoso según la Ley y bien acreditado por todos los judíos de Damasco* (Hch 22,12), sin duda para captar la benevolencia de su auditorio, todo él formado por judíos cumplidores de la Torá. La buena imagen de Ananías queda confirmada con autoridad divina al presentarle a continuación realizando el milagro de devolverle la vista. Nótese la astucia de Pablo que se cuida de no mencionar la condición de cristiano de Ananías –aunque ésta se deducirá de su exposición posterior– para evitar el rechazo de los oyentes.

Su discurso ha pretendido hasta este punto poner al auditorio en la mejor disposición posible para acoger las palabras que Ananías le dirigió entonces en Damasco<sup>13</sup>:

El Dios de nuestros padres te ha destinado para que conozcas su voluntad, veas al Justo y escuches la voz de sus labios, pues le has de ser testigo ante todos los hombres de lo que has visto y oído. Y ahora, ¿qué esperas? Levántate, recibe el bautismo y lava tus pecados invocando su Nombre.

La referencia al *Dios de nuestros padres*, Abraham, Isaac y Jacob, es fundamental. Desde el primer momento debía quedar claro que es Él quien está

12 Las diferencias son mínimas: aquí se indica que sus acompañantes no oyeron la voz, al contrario que en 9,7; y 22,10 indica una pregunta de Pablo (¿qué he de hacer?) ausente en Hch 9. Dicha pregunta indica la disponibilidad de Pablo a obedecer a la teofanía, que ejerce una autoridad divina e inapelable sobre él. La respuesta es lo que ya se señala en 9,6: entrar en la ciudad para saber qué debe hacer.

13 Nótese que en Hch 9 Lucas nos refirió otras palabras de Ananías. Lógicamente Pablo y Ananías hablaron de muchas cosas en Damasco. Aquí Pablo trae a colación las palabras más significativas para sus oyentes.

detrás de todos estos acontecimientos que han revolucionado el mundo judío; que es la fidelidad a Él lo que ha llevado a Pablo a actuar como actúa; que es Su *voluntad* la que se manifiesta en las palabras de Ananías: Pablo ha sido elegido por Dios de modo especial para tres cometidos.

El primero, conocer la *voluntad* de Dios, esto es, su designio eterno, su plan de salvación para la humanidad entera, que ha sido manifestado recientemente en su Hijo.

El segundo, *ver y escuchar al Justo*. Obviamente se refiere a Jesús, al que se identifica con los justos perseguidos de las Escrituras, en especial con el de Isaías, de los Salmos y probablemente del libro de la Sabiduría<sup>14</sup>. Este último presenta un justo anónimo que coincide de modo asombroso con Jesús: muere ignominiosamente por su pretensión de ser hijo de Dios (cf. Sb 2,12-20) y es exaltado por el Señor después de la muerte con una gloria asombrosa (cf. Sb 5,1-5)<sup>15</sup>. De este modo, Pablo presenta con astucia a Jesús, sin mencionar su nombre, con el rasgo que más patentemente le vincula al AT: el justo sufriente. Su muerte en cruz, que nadie podía negar y que hacía a muchos imposible creer en Él, la presenta Pablo ante sus oyentes como un dato que desvela el misterio de Jesús: es el Justo por excelencia del que habla la Escritura. Pablo lo ha visto y oído de camino a Damasco, y como dirá más adelante, lo volverá a encontrar en Jerusalén.

El tercer cometido que le indica Ananías es *ser testigo ante todos los hombres de lo que ha visto y oído*, es decir, del Justo, de que Jesús es el anunciado por los profetas, el *siervo de YHWH* que proclaman los cánticos de Isaías (cf. Hch 8,31-35). Esta misión de anunciar a Cristo es mencionada por Dios a Ananías en Hch 9, donde especificó quiénes *eran todos los hombres*: gentiles, reyes y judíos. A Pablo ahora no le interesaba detallar los destinatarios

---

14 El título Justo aplicado a Jesús no es muy frecuente en el NT: Mt 27,19; Lc 23,47; Hch 3,14; 7,52; 22,14; 1 Jn 2,1; 1 P 3,18. No obstante, Jesús es el justo sufriente por antonomasia. Cf. A. GIMÉNEZ GONZÁLEZ, "Si el justo es hijo de Dios, le socorrerá" (Sb 2,18). *Acercamiento canónico a la filiación divina del justo perseguido en Sab 1-6* (ABE 48; Estella 2009), 343-344; J.-P. MIRANDA, "Das Schicksal des Gerechten in der biblischen Tradition": *BiK* 52 (1997) 188; G. ROSSÉ, "Il giusto sofferente nell'opera di Luca": *PSV* 34 (1996) 151-153; K. STOCK, "Giusto e ingiusto nell'insegnamento di Gesù": *PSV* 34 (1996) 148.

15 Puede verse un desarrollo completo de la temática en GIMÉNEZ GONZÁLEZ, 125-137; 165-171; 343-363.



de su misión ante este auditorio que, como aparece repetidamente en sus viajes, veía con malos ojos el anuncio de la buena nueva a los gentiles.

Por último, Ananías invita a Pablo a recibir el bautismo invocando su Nombre, el del Justo, para lavar sus pecados. Indica así al auditorio, de nuevo, que Jesús trae la remisión de los pecados, como el siervo de Isaías, que muere en expiación por el pecado (cf. Is 53,4-6.10-12).

El discurso de Pablo continúa narrando un nuevo encuentro que tuvo con Cristo, desconocido hasta ese momento para el lector de Hch. Lo trae a colación por un dato significativo: tuvo lugar en el Templo de Jerusalén. De este modo confiere una autoridad especial ante sus oyentes a la teofanía: ¿cómo no va a venir de Dios si tuvo lugar allí donde todos los judíos afirman que Él habita? Indirectamente supone también una defensa de Pablo ante la acusación proferida en el alboroto inicial de actuar y hablar contra el Templo. Él es el primero que le confiere importancia yendo allí a rezar<sup>16</sup>.

Habiendo vuelto a Jerusalén y estando en oración en el Templo, caí en éxtasis; y le vi a él que me decía: “Date prisa y marcha inmediatamente de Jerusalén, pues no recibirán tu testimonio acerca de mí”. Yo respondí: “Señor, ellos saben que yo andaba por las sinagogas encarcelando y azotando a los que creían en ti; y cuando se derramó la sangre de tu testigo Esteban, yo también me hallaba presente, y estaba de acuerdo con los que le mataban y guardaba sus vestidos”. Y me dijo: “Marcha, porque yo te enviaré lejos, a los gentiles” (Hch 22,17-21).

En este diálogo con el resucitado Pablo se asombra de la noticia recibida: “no recibirán tu testimonio”. Subraya con su asombro lo irracional que es rechazar su anuncio: su cambio de actitud ante los cristianos no se explica sin una intervención divina. ¿Cómo no van a creerle, si todos saben que él era el pri-

---

<sup>16</sup> De hecho, lo que originó su visita al Templo fueron las indicaciones de la comunidad de Jerusalén, que querían así acallar las habladurías de que Pablo no respetaba el Templo (cf. Hch 21,21-26).

mero en negar y perseguir lo que ahora anuncia? No obstante, el Señor insiste en que abandone Jerusalén, no sólo por la ineficacia de su apostolado allí, sino también porque tiene otros planes para él: ir a tierra de gentiles.

En efecto, en aquella ocasión el testimonio de Pablo no fue aceptado<sup>17</sup>. Sin embargo, confía en que ahora, varios años más tarde de aquella primera y fugaz predicación en Jerusalén, el resultado sea distinto. Tiene una ocasión única de anunciar a Cristo, ante la multitud de judíos que se han reunido en el Templo con motivo del motín. Por eso no deja de subrayar su argumento preferido y más convincente: su pasado anti-cristiano; es su mejor carta de presentación ante los judíos, es el garante de que su conversión sólo puede explicarse por la acción divina. Así, en estos versículos no ahorra detalles de su persecución: encarcelar, azotar, aprobar ejecuciones... A pesar de todo, el resultado no fue el esperado. Su discurso provocó un agitación mayor en el gentío, que pedía su muerte vociferando, agitando sus vestidos y arrojando polvo al aire (cf. Hch 22,22-23).

### 3. ANTE FESTO Y AGRIPA (HCH 26,9-23)

La tercera ocasión en que Lucas narra el encuentro del resucitado con Pablo aparece también en un discurso de éste. Tras el alboroto en Jerusalén apenas mencionado, el tribuno Claudio Lisias retuvo prisionero a Pablo para intentar averiguar el motivo de la animadversión judía. Al enterarse de una con-fabulación de cuarenta judíos para matar a Pablo, lo envía de noche a Cesarea la Marítima para ponerlo a salvo, bajo la custodia del procurador Félix. Allí permanece dos años hasta la llegada de Porcio Festo, sucesor en el cargo de Félix. A los pocos días de esto, Festo recibió la visita del rey Agripa II que, al enterarse de la presencia de Pablo en Cesarea, manifestó el deseo de escucharle<sup>18</sup>.

<sup>17</sup> Los hechos narrados en Hch 9,29-30 confirman que tal rechazo se dio. La reacción de los judíos fue idéntica que en Damasco: intentan matarle. Los hermanos de Jerusalén, conocedores del peligro que corre Pablo y probablemente también de la visión que ha tenido, "al saberlo, le llevaron a Cesarea y le enviaron a Tarso" (Hch 9,30).

<sup>18</sup> Agripa II es hijo de Herodes Agripa y bisnieto de Herodes el Grande. Cf. A. PAUL, "El contexto político, económico y social del judaísmo palestino: la vida política y económica", en: A. GEORGE – P. GRELOT (dirs.), *Introducción crítica al Nuevo Testamento I* (BH.SE 159; Barcelona 1992) 89-91.

La estructura y contenido del discurso que Pablo pronuncia ante ellos son semejantes a los empleados en el de Jerusalén ante los judíos. Comienza citando su pasado judío, subrayando su fidelidad a la estricta observancia de la Ley (cf. Hch 26,4-5). Añade, sin embargo, un dato que ha resultado eficaz ante el Sanedrín y que no empleó ante la multitud de Jerusalén: la alusión a la resurrección de los muertos<sup>19</sup>. Al mencionar su pertenencia al fariseísmo, indica que la causa de su prisión es simplemente una esperanza característica de la secta: “que Dios resucite a los muertos” (Hch 26,8). Esta esperanza consiste en que se realice “la promesa hecha por Dios a nuestros padres, cuyo cumplimiento están esperando nuestras doce tribus en el culto que asiduamente, noche y día, rinden a Dios” (Hch 26,6-7). Pablo quiere así subrayar ante Agripa que no anuncia nada distinto de la fe judía, es decir, que su fe no es heterodoxa.

Su discurso continúa con la referencia a su pasado hostil contra el cristianismo, que le llevó a emprender un viaje a Damasco (26,9-12). Entonces narra, con mayor detalle que en las ocasiones anteriores, su encuentro con Cristo:

yendo de camino vi, oh rey, una luz venida del cielo, más resplandeciente que el sol, que me envolvió a mí y a mis compañeros en su resplandor. Caímos todos a tierra y yo oí una voz que me decía en lengua hebrea: “Saúl, Saúl, ¿por qué me persigues? Te es duro dar coces contra el aguijón”. Yo respondí: “¿Quién eres, Señor?” Y me dijo el Señor: “Yo soy Jesús a quien tú persigues. Pero levántate, y ponte en pie; pues me he aparecido a ti para constituirte servidor y testigo tanto de las cosas que de mí has visto como de las que te manifestaré. Yo te libraré de tu pueblo y de los gentiles, a los cuales yo te envío, para

---

19 Cuando al día siguiente de la revuelta en el Templo Claudio Lisias le llevó ante el Sanedrín, Pablo vio que muchos eran fariseos y tuvo la genial idea de ganarse a éstos enfrentándolos al resto de la asamblea, miembros de la secta saducea: “Hermanos, yo soy fariseo, discípulo de fariseos; por la esperanza en la resurrección de los muertos me juzgan” (Hch 23,6). Esta vez sus palabras tuvieron el efecto deseado y parte del auditorio se puso de su parte, provocando así un altercado tremendo y una mayor confusión en Claudio Lisias.

que les abras los ojos; para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y del poder de Satanás a Dios; y para que reciban el perdón de los pecados y una parte en la herencia entre los santificados, mediante la fe en mí” (Hch 26,13-18).

Comparando con los anteriores relatos, tenemos sobre todo dos novedades. En primer lugar, la expresión “dar coces contra el aguijón”. Dios le manifiesta que su rebelión contra los planes divinos, que su persecución contra la Iglesia de Jesús, es inútil. Si continúa por ese camino sólo conseguirá arruinarse a sí mismo, como el buey que cocea contra un aguijón creyendo vencerlo, y sólo obtiene daño para sí. Esta valoración que Dios hace de la persecución de Pablo como una resistencia inútil es propia de esta narración a Agripa. También lo es la parte final de la cita, donde Dios explica a Pablo su futura misión. Hch 9 y 22 señalan que en la teofanía Dios se limita a indicarle que en Damasco conocerá qué debe hacer, recibiendo por medio de Ananías el mensaje. Ante Agripa, probablemente por no alargar el discurso, Pablo sintetiza su experiencia incluyendo en la revelación la tarea que Dios le encomienda en Damasco.

De nuevo se menciona la misión de ser testigo *de lo que ha visto*, a lo que se añade la promesa de protección por parte de Dios. Ahora bien, lo más interesante es que los principales destinatarios de la misión paulina no son *todos los hombres*, como indicaban los anteriores relatos, sino los gentiles (cf. 26,17). Los judíos no se excluyen, aunque aparecen en un segundo plano<sup>20</sup>. La descripción que ofrece de su misión es la más detallada de las tres. Pablo es enviado –como el siervo de YHWH (cf. Is 42,7.16)– con la finalidad de *abrir los ojos* a sus oyentes (22,18), no en sentido físico, sino espiritual. Debe hacer entender la verdad de Jesucristo, quién es Él, cómo Dios ha actuado de un modo definitivo en su pasión muerte y resurrección. Cuando, por el testimonio de Pablo, se abran sus ojos, podrán convertirse “de las tinieblas

---

<sup>20</sup> El relativo tiene como antecedente directo a los gentiles, aunque probablemente incluye también a tu pueblo –los judíos– mencionado inmediatamente antes.

a la luz, y del poder de Satanás a Dios". Pablo equipara la *ignorancia de Cristo con habitar en la oscuridad y estar bajo el dominio de Satanás*, el gran enemigo del plan divino; el principal oponente de la salvación de Dios; el que desde el principio (cf. Gn 3) viene buscando la muerte del hombre, la criatura destinada a la filiación divina (cf. Ga 4,4-5)<sup>21</sup>. Ahora bien, abrir los ojos y reconocer a Jesús como Señor implica vivir en la luz, librarse de Satanás y alcanzar a Dios. Volverse a Dios por la fe en Cristo supone, por último, obtener el perdón de los pecados y participar de la herencia de los santificados. Es decir, la reconciliación con Dios en el presente y los bienes escatológicos en el futuro<sup>22</sup>.

El discurso de Pablo continúa constatando su obediencia a la misión divina (cf. Hch 26,19). ¡Cómo desobedecer a Dios cuando te sale al encuentro tan manifiestamente!, y lo que es más, ¡cómo rechazar la misión de llevar la salvación a los hombres!, ¡cómo no colaborar en que alcancen la plenitud para la que han sido creados! Pablo quiere hacer comprender a Agripa que nada puede legitimar la desobediencia a Dios, y por eso él ha llevado a cabo su misión en Damasco, Jerusalén, toda Judea y en la tierra de los gentiles (cf. Hch 26,20). Esta obediencia a Dios es la única causa de que los judíos quieran darle muerte (cf. Hch 26,21).

Hasta este punto hemos visto las tres narraciones que Lucas presenta de la teofanía que convierte a Pablo en testigo privilegiado de Cristo resucitado. Se percibe un acuerdo fundamental entre los tres relatos, incluso en numerosos detalles. Ahora bien, no sólo tenemos acceso a este acontecimiento por el testimonio de Lucas; también Pablo alude a él directamente en una de sus cartas.

---

21 Sobre la predestinación del ser humano a la filiación divina, cf. J. M. BOVER, *Teología de San Pablo. El misterio de Cristo contemplado por el Apóstol* (BAC 16; Madrid <sup>3</sup>1961) 197-207.

22 Cf. FITZMYER, 123-137.

## 4. LA SÍNTESIS DEL ENCUENTRO CON CRISTO: GA 1,15-16

Pablo escribió, probablemente desde Éfeso, una encendida carta a las comunidades de Galacia<sup>23</sup>. Rebate a los que le acusan de dulcificar el evangelio –al no exigir la circuncisión– buscando el favor de los hombres (cf. Ga 1,10). Para ello, confirma que el evangelio que les ha transmitido<sup>24</sup> proviene de Dios, no de los hombres: “os hago saber, hermanos, que el Evangelio anunciado por mí, no es de orden humano, pues yo no lo recibí ni aprendí de hombre alguno, sino por revelación de Jesucristo” (Ga 1,11-12). Es entonces cuando alude a su encuentro con Cristo, tras recordar su pasado de perseguidor feroz (vv. 13-14). Éste tiene la función de subrayar la sobrenaturalidad de su teofanía: si él, que tenía tan gran celo por la Torá ahora no la exige, sólo se explica si Dios mismo le ha manifestado con claridad que no es necesaria. Todo ello sucedió, como sabemos, camino de Damasco: “cuando Aquél que me separó desde el seno de mi madre y me llamó por su gracia, tuvo a bien *revelar en mí a su Hijo*, para que le anunciase entre los gentiles” (vv. 15-16).

Pablo subraya la absoluta gratuidad de su vocación. Él no puso nada de su parte para encontrar a Cristo; no tenía lo que podríamos llamar una “disposición adecuada”. Parecía más bien, por sus obras, merecedor de lo contrario. Sin embargo, Dios le salió al encuentro en su Hijo, sin Pablo merecerlo, *por su gracia*; simplemente porque el Señor *tuvo a bien* hacerlo así. Pablo no encuentra otra justificación aparte de ésta: era el designio de Dios desde el principio. De otro modo no se explica.

Describe la teofanía como una acción de Dios Padre, que decidió revelarle a su Hijo Jesucristo. Quiso desvelarle el misterio de su persona: que Jesús de Nazaret, considerado por Pablo un blasfemo, es en realidad el Mesías anunciado por la Escritura. No sólo el Mesías, sino su Hijo eterno, que realiza de modo admirable la salvación definitiva del ser humano. Dios quitó así el velo interior que cubría la mente y el corazón de Saulo y le impedía reconocer la verdad. Por eso esta revelación de Damasco es principalmente

---

23 Cf. SÁNCHEZ BOSCH, *Escritos*, 257-258.

24 Esto es, que sólo Cristo trae la salvación con independencia del cumplimiento de la Torá (cf. Ga 2,15-16).

*interior*, manifestada en la expresión “en mí”, como indica el hecho de que sus acompañantes no viesen u oyesen nada (cf. *supra*). Su encuentro con Cristo es eminentemente personal, toca las raíces de su ser. Es ahí, en lo profundo de Pablo, donde el Padre reveló a su Hijo, transformando a partir de sus entrañas todas las dimensiones humanas de Pablo: afectos, sentimientos, inteligencia... hasta el punto de que desde este momento todo lo va a considerar basura y despojo en comparación con el conocimiento de Cristo Jesús (cf. Flp 3,7-9).

Como en los relatos de Hch, Pablo vincula indisolublemente su *revelación* con su misión. Dios le ha manifestado a su Hijo para que él a su vez lo dé a conocer a los hombres, y de un modo especial a los gentiles. Por eso su condición de testigo de Cristo es inseparable de su apostolado: ser testigo presencial del acontecimiento de Cristo le convierte en apóstol. Su testimonio apostólico nace de haber sido testigo de la revelación.

## II. APÓSTOL INFATIGABLE DE JESUCRISTO

La vida de Pablo confirma con creces que llevó a cabo la misión recibida en Damasco. Por sus cartas y viajes sabemos cómo se gastó y desgastó en su empeño por transmitir a todos la fe en Cristo (cf. 2 Cor 12,15). Con razón mereció el título de *apóstol*.

### 1. CONSIDERADO “APÓSTOL”

“Apóstol”, término procedente del verbo *apostellô*, significa literalmente “enviado”<sup>25</sup>. En el caso de Pablo el que envía es Dios, bien directamente bien

<sup>25</sup> Cf. X. LÉON-DUFOUR, *Diccionario del Nuevo Testamento* (Madrid 1977) 105; G. LEONARDI, “Apóstol/Discípulo”, en: P. ROSSANO – G. RAVASI – A. GIRLANDA (eds.), *Nuevo Diccionario de Teología Bíblica* (Madrid 1990) 143-145. En sus cartas, con este vocablo no suele referirse a los Doce, sino más bien a misioneros itinerantes que anuncian el evangelio, pertenezcan o no al grupo de los Doce (cf. LEONARDI, 146). Sobre Pablo, apóstol de los gentiles, cf. M. HERRANZ MARCO, *San Pablo en sus cartas* (Ensayos 336; Madrid 22008) 132-152; X. LÉON-DUFOUR, “Apóstoles”, en: *Id.* (dir.), *Vocabulario de Teología Bíblica* (Barcelona 171996) 99-100.

por medio de la comunidad cristiana. Todo envío supone una misión por cumplir, como hemos visto. Pablo es consciente de todo ello, y por eso se otorga con frecuencia el título de *apóstol*. De hecho, lo emplea con insistencia al inicio de sus escritos, a modo de presentación:

Rm 1,1: “Pablo, siervo de Cristo Jesús, *apóstol* por vocación, escogido para el evangelio de Dios”.

1 Cor 1,1: “Pablo, llamado a ser *apóstol* de Cristo Jesús por la voluntad de Dios”.

2 Cor 1,1: “Pablo, *apóstol* de Jesucristo por voluntad de Dios”.

Ga 1,1: “Pablo, *apóstol*, no de parte de los hombres ni por mediación de hombre alguno, sino por Jesucristo y Dios Padre”.

Ef 1,1: “Pablo, *apóstol* de Cristo por voluntad de Dios”.

Col 1,1: “Pablo, *apóstol* de Cristo Jesús por voluntad de Dios”.

1 Tim 1,1: “Pablo, *apóstol* de Cristo Jesús, por mandato de Dios nuestro Salvador y de Cristo Jesús nuestra esperanza”.

2 Tim 1,1: “Pablo, *apóstol* de Cristo Jesús por voluntad de Dios para anunciar la promesa de vida que está en Cristo Jesús”.

Tit 1,1: “Pablo, siervo de Dios, *apóstol* de Jesucristo para llevar a los elegidos de Dios a la fe y al pleno conocimiento de la verdad que es conforme a la piedad”.

Pablo no deja nunca de indicar la fuente de su apostolado: el querer de Dios. Él es el único responsable. Pablo no hizo oposiciones a ser apóstol. Ni es algo que se haya atribuido por propia cuenta, ni para su propio beneficio. Lleva a cabo tal oficio sólo para cumplimiento del plan de Dios<sup>26</sup>: “Predicar el Evangelio no es para mí ningún motivo de gloria; es más bien un deber que me incumbe. ¡Ay de mí si no predico el Evangelio! Si lo hiciera por propia iniciativa, ciertamente tendría derecho a una recompensa. Mas si lo hago

---

<sup>26</sup> Por otra parte, en Rm, 2 Tim y Tit señala el fin concreto de su apostolado: para el Evangelio de Dios; para anunciar la promesa de vida que está en Cristo Jesús; para llevar a los elegidos de Dios a la fe y al pleno conocimiento de la verdad.



forzado, es una misión que se me ha confiado” (1Cor 9,16-17). Por eso Dios es el verdadero responsable de la misión, y Pablo, como los demás apóstoles, es sólo colaborador del Padre:

¿Qué es, pues Apolo? ¿Qué es Pablo?... ¡*Servidores, por medio de los cuales habéis creído!*, y cada uno según lo que el Señor le dio. Yo planté, Apolo regó; mas fue Dios quien dio el crecimiento. De modo que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios que hace crecer. Y el que planta y el que riega son una misma cosa (1Cor 3,5-8).

En efecto, Pablo no es dueño del evangelio que predica, sino servidor del mismo y servidor de Cristo, administrador de los misterios de Dios. Por eso se le exige fidelidad absoluta en su misión (cf. 1Cor 4,1-2) y ni él ni nadie puede poner un cimiento distinto que no sea “el ya puesto, Jesucristo” (3,11)<sup>27</sup>.

## 2. MISIÓN DIVINA: PREDICAR

Cuando Pablo afronta las divisiones de la comunidad de Corinto, en la que unos se consideran de Pablo, otros de Apolo, otros de Cefas... se alegra de no haber bautizado a muchos personalmente, pues eso podría haber creado todavía más partidismos. Entonces confiesa: “porque no me envió Cristo a bautizar, sino a *predicar el Evangelio*” (1 Cor 1,17). En efecto, Pablo ejerce su apostolado eminentemente a través de la palabra. Ahora bien, “no con palabras sabias, para no desvirtuar la cruz de Cristo” (v. 17b). No será la locuacidad de Pablo quien sustente su predicación, sino el poder del Espíritu de Dios (cf. 1 Cor 2,4-5).

No hay otro modo de alcanzar a Cristo más que por la locura de la predicación; es el medio por el cual Dios salva a los que creen (cf. 1 Cor 1,21). En el fondo subyace la dinámica de la Encarnación. La salvación de Dios se ha realizado en la historia, en el acontecimiento concreto de la pasión, muer-

---

<sup>27</sup> Esta fidelidad implica la comunión con la tradición, con lo que a su vez se le ha transmitido (cf. 1 Cor 11,23), y con las llamadas columnas de la Iglesia (cf. Ga 2,2), sin los cuales se estaría corriendo en balde.

te y resurrección de Cristo. Es la fe en esa acción de Dios la que nos salva. Ahora bien, el único modo que tienen los hombres de conocer este acontecimiento es que otro que lo ha vivido se lo anuncie. Lo que resulta una *locura*, como dice Pablo, es que la salvación última del ser humano pase por una acción tan simple como predicar; que el destino eterno de alguien dependa de una acción *contingente y temporal*. En el caso de los corintios, que hayan tenido la “suerte” providencial de escuchar el testimonio de Pablo. Así funciona el plan proyectado por Dios.

Ahora bien, la “locura de la predicación” no indica sólo el modo “necio” de transmitir la salvación –por la palabra–, sino también su contenido. La necesidad afecta a la forma y al fondo: “nosotros predicamos a un Cristo crucificado, que es escándalo para los judíos y locura para los gentiles” (1 Cor 23-24). En efecto, a los judíos escandaliza que la salvación de Dios se haya llevado a cabo en un condenado por blasfemo en el Sanedrín, la máxima autoridad judía; en definitiva, en uno que ha muerto como un maldito según la ley de Moisés, colgado de un madero (cf. Dt 21,22-23). Y a los griegos “enloquece” una verdad que no se apoye en principios universales, en reflexiones lógicas o en la observación del universo, sino que esté basada en algo contingente como el anuncio de un hecho. Sin embargo, para quien superando estas dificultades acoge el anuncio de Pablo, este Cristo crucificado se convierte en “fuerza de Dios y sabiduría de Dios” (1 Cor 1,24b) y le abre el acceso a “las profundidades de Dios” (1 Cor 2,10). Pues en Cristo Dios nos ha manifestado la salvación que nunca vio ojo alguno ni conoció jefe de este mundo, ya que estaba escondida y destinada desde antes de los siglos para los que le amen, para gloria del ser humano (cf. 1 Cor 2,7-9).

Así, por medio de la predicación del Evangelio Pablo engendra “en Cristo Jesús” a los que creen, de tal modo que se puede considerar “padre” de todos ellos (cf. 1 Cor 4,15)<sup>28</sup>. Su misión de predicar, su apostolicidad, se transforma en *paternidad*, pero no de una generación humana sino de un nacer

---

<sup>28</sup> Cf. 1 Te 2,7.11: “como una madre cuida con cariño de sus hijos... Como un padre a sus hijos, así también yo a cada uno de vosotros”. Cf. A. MORENO GARCÍA, *Paulus Pastor. El ministerio del Espíritu* (Monografías SE 25; Valencia 2008) 177-192.

a la vida de Dios: “habéis recibido un espíritu de filiación que nos hace exclamar *¡Abba, Padre!* El Espíritu mismo se une a nuestro espíritu para dar testimonio de que somos hijos de Dios” (Rm 8,15-16).

### 3. SU ANUNCIO DEL KERYGMA

El libro de los Hechos de los Apóstoles es la fuente principal para conocer el apostolado de Pablo en sus viajes. Cada vez que Pablo llegaba a una ciudad nueva solía actuar de la misma manera. Acudía a la sinagoga el sábado y, cuando le daban la palabra, anunciaba a Cristo. Esto lo repetía los sábados que le fuese posible. El efecto era siempre doble: algunos de los que le escuchan se adhieren al Señor creyendo en su predicación mientras que otros le rechazan, cada vez con más dureza conforme crece el número de creyentes. Pablo permanece en dicha ciudad, por lo general, hasta que las dificultades creadas por los judíos –u otros oponentes– son demasiadas. Entonces parte a otro lugar. Así sucede en el primer viaje (cf. Hch 13–14), al ser enviado por la comunidad de Antioquía y el Espíritu Santo a evangelizar la zona de Asia Menor, y en gran parte del segundo viaje, hasta que llega a Corinto (cf. Hch 16–17). Por el contrario, cuando llega a una ciudad en la que ya ha anunciado el evangelio se dirige a la comunidad cristiana con la finalidad de animarla y fortificarla en la fe<sup>29</sup>.

Por lo tanto, los primeros destinatarios de su predicación son siempre sus hermanos de religión, los judíos. Sólo secundariamente el evangelio llega a los gentiles, sobre todo a aquellos más cercanos al judaísmo que frecuentan las sinagogas (cf. Hch 13,44-47). De hecho, su predicación se hace siempre en éstas hasta su tercer viaje, pues en Éfeso rompe con la sinagoga e instala su puesto de predicación en la escuela de Tirano (cf. Hch 19,9).

Ahora bien, ¿qué anunciaba exactamente a los judíos? Inmediatamente después de su conversión, en las sinagogas de Damasco se puso “a predicar a Jesús: ‘Éste es el Hijo de Dios’... demostrándoles que éste es el Cristo/Mesías” (Hch 9,20.22). Es una síntesis perfecta de su predicación, que contiene

---

29 Sobre el modo de realizar Pablo su misión, cf. HERRANZ MARCO, 71-90.

los dos rasgos esenciales de Jesús para un judío: su naturaleza (la filiación divina) y su continuidad con las Escrituras (es el Mesías anunciado). Lucas nos ha transmitido una síntesis de la predicación de Pablo a los judíos en Hch 13,17-41. Se trata de su sermón en Antioquía de Pisidia. Comienza recordando la historia de la salvación: la elección de los patriarcas, la estancia en Egipto, la liberación de la esclavitud, los cuidados recibidos en el desierto, la entrada en la tierra prometida aniquilando a sus enemigos, su permanencia en ella gracias a los jueces y finalmente con la monarquía. Aquí se detiene para recordar la promesa de una descendencia perpetua hecha al rey David (cf. 2 Sam 7,12-16), y que ha cumplido suscitando a Jesús, el Salvador (cf. Hch 13,23). Pablo confirma esta identificación de Jesús con el Mesías descendiente de David citando el testimonio de Juan Bautista, sin duda conocido entre los judíos.

A continuación se dirige con fuerza a su auditorio: “¡A vosotros ha sido enviada esta palabra de salvación!” (Hch 13,26), para confirmar los hechos con la Escritura. En primer lugar, aborda la pasión y muerte en cruz de Jesús: cuando pidieron a Pilato su muerte, cumplieron las Escrituras de los profetas ignorándolo. ¿Qué textos del Antiguo Testamento se cumplieron en la ignominiosa muerte de Jesús? Sin duda Pablo citaría en esta ocasión los cánticos del siervo de YHWH, especialmente el cuarto (cf. Is 52,13–53,12), así como el Sal 23(22), que describen de modo asombroso este acontecimiento y desde el principio se emplearon en la predicación cristiana (cf. Hch 8,32-35; Mt 27,46; Mc 15,34). Pablo tampoco olvida indicar que su muerte fue injusta (Hch 13,28: “sin hallar en él ningún motivo de muerte”) y por tanto que Jesús era inocente de los cargos presentados contra él<sup>30</sup>. Por otra parte, quita responsabilidad a los dirigentes judíos, pues indica que actuaron así para dar cumplimiento a las Escrituras.

Una vez explicada su muerte, Pablo pregona el hecho fundamental: “Dios le resucitó de entre los muertos” (Hch 13,30), cuya verdad es confirmada

---

30 Implícitamente, esta afirmación indicaba que su pretensión de filiación divina, por la que fue acusado de blasfemo, era verdadera.

de dos modos. En primer lugar, mencionando las apariciones del resucitado, es decir, lo único que provocó realmente la fe en su resurrección. Sus discípulos sólo creyeron que Jesús había resucitado cuando lo encontraron gloriosamente vivo: “se apareció durante muchos días a los que habían subido con él de Galilea a Jerusalén” (Hch 13,31). No se apareció a unos pocos, aunque según la Torá basta el testimonio de dos personas para tomarlo por verdadero. Fue a una multitud y, lo que quizá era más importante en ese momento: “ahora son testigos suyos ante el pueblo” (v. 31b). Es decir, la resurrección era tan reciente que sus testigos seguían vivos; era posible acercarse a ellos y constatar que su experiencia de Cristo resucitado era real, no una fábula o un mito. En segundo lugar, Pablo confirma la resurrección de Jesús por la Escritura: “la Promesa hecha a los padres Dios la ha cumplido en nosotros, los hijos, al resucitar a Jesús” (Hch 13,33). Cita el Sal 2,7, un salmo eminentemente mesiánico, considerando dirigidas a Jesús las palabras de Dios: “Hijo mío eres tú”. Pablo confirma así la filiación divina de Jesús que tanto escandalizó al Sane-drín y da a la expresión “yo te he engendrado hoy” el valor de “yo te he dado hoy la vida; yo te he devuelto la vida; yo te he resucitado”. También considera cumplida en Jesús la promesa de dones mesiánicos que aparece en Is 55,3: “os daré las cosas santas de David, las verdaderas”, pues Dios ha concedido a Cristo resucitado la santidad escatológica e incorruptible. Igualmente trae a colación Sal 16(15),10: “no permitirás que tu santo experimente la corrupción”, interpretándolo del mismo modo que Pedro en su discurso de Pentecostés (cf. Hch 2,25-32). El salmo, atribuido a David, no puede referirse a David que, como es notorio a todos, sí conoció la corrupción. Por lo tanto cita a otro personaje futuro –al mesías davídico– pues David era profeta. Aquel del que habla no es otro que Jesús, el único difunto cuya carne no ha conocido la corrupción<sup>31</sup>, sino que se ha revestido de incorruptibilidad.

Pablo concluye este discurso paradigmático con los efectos de acoger a Cristo como el Mesías: el perdón de los pecados y la total justificación. Aquello que no consigue la Ley de Moisés lo obtiene la fe en Cristo Jesús (cf.

---

31 Para el judaísmo, la corrupción comenzaba en los cadáveres a partir del tercer día de la sepultura (cf. Jn 11,39).

Hch 13,38-39). Por si a algún oyente le parece el plan de Dios que Pablo ha expuesto demasiado asombroso como para creerlo, cierra su intervención con la profecía de Ha 1,5 sobre los tiempos mesiánicos: “en vuestros días yo voy a realizar una obra que no creeréis aunque os la cuenten”.

Hemos de suponer una predicación muy semejante en las demás sinagogas que visitó Pablo. Así sintetiza Lucas, por ejemplo, su anuncio en Tesalónica: “durante tres sábados discutió con ellos basándose en las Escrituras, explicándolas y probando que el Mesías tenía que padecer y resucitar de entre los muertos y que ‘este Mesías es Jesús, a quien yo os anuncio’” (Hch 17,2-3).

Ahora bien, hemos visto en el discurso a los judíos de Jerusalén y posteriormente a Agripa II (cf. *supra*) otro recurso propio de la predicación de Pablo: remitir a su propia experiencia de encuentro con el resucitado. Ya hemos mencionado la fuerza apologética de este argumento, que probablemente le sirvió en numerosas ocasiones como carta de presentación. Por otra parte, sus discursos manifiestan una gran astucia y capacidad de adaptación a los oyentes. Tómesese como ejemplo el conocidísimo discurso a los atenienses en el Areópago (cf. Hch 17,22-31), donde elabora una magnífica *captatio benevolentiae* aludiendo a sus monumentos sagrados, a su piedad y agudeza, e incluso a sus filósofos. O el ya mencionado discurso ante el Sanedrín, donde consigue poner a los fariseos de su parte haciendo causa común por la resurrección (cf. Hch 23,6-9)<sup>32</sup>.

Sobre el modo concreto y vital de anunciar a Cristo y cuidar de las comunidades, Pablo nos ha dejado un bonito testimonio en 1 Cor 9. Allí reprende a los que creyéndose muy adultos en la fe por saber que lo sacrificado a los ídolos es nada, escandalizan a los más frágiles comiéndolo sin reparo: “tened cuidado que esa vuestra libertad no sirva de tropiezo a los débiles” (1 Cor 8,9). Porque, ¿de qué serviría ser tan libres si la consecuencia es que “se pierde un débil, ¡un hermano por el que murió Cristo!”? Ese conocimiento sólo serviría para pecar contra Cristo (1 Cor 8,11-12).

---

32 Sobre los discursos de Pablo, cf. HERRANZ MARCO, 300-311.

La reprensión da ocasión a Pablo a ponerse como ejemplo. Les recuerda todos los derechos de los que no hizo uso cuando evangelizó Corinto: el derecho a comer y beber, a llevar una mujer cristiana, a no trabajar, a recibir bienes materiales de la comunidad... Actuó así para que les fuese más fácil acoger su palabra: “todo lo soportamos para no crear obstáculos al Evangelio de Cristo” (9,12). Lo único que le importa es que los hombres acojan a Cristo, cueste lo que cueste:

Efectivamente, siendo libre de todos, me he hecho esclavo de todos para ganar a los más que pueda. Con los judíos me he hecho judío para ganar a los judíos; con los que están bajo la Ley, como quien está bajo la Ley –aun sin estarlo– para ganar a los que están bajo ella. Con los que están sin ley, como quien está sin ley para ganar a los que están sin ley, no estando yo sin ley de Dios sino bajo la ley de Cristo. Me he hecho débil con los débiles para ganar a los débiles. Me he hecho todo a todos para salvar a toda costa a algunos. Y todo esto lo hago por el Evangelio (1 Cor 9,19-23).

### III. CONCLUSIÓN

Su Santidad Benedicto XVI ha convocado este año paulino 2009 con la finalidad de encender el corazón de los cristianos con el mismo fuego evangelizador que ardió en San Pablo. La breve descripción que hemos hecho en este artículo debe estimularnos a, como Pablo, con su ardor e inteligencia, llevar el evangelio de Cristo a todos los confines de la tierra. Para ello es necesario tener, como Pablo, un encuentro personal con Cristo resucitado; algo que es posible en la Iglesia, entrando en contacto con su Cuerpo. Fruto de ese encuentro con el Señor nacerá la misión de anunciarle, primero porque Él no desaprovechará la ocasión de enviarnos y, segundo, porque no se puede conocer a Cristo y no comunicarle. Como diría Pablo: ¡Ay de nosotros si no anunciamos el Evangelio!